

Torroja, ayer

ANECDOTARIO DEL INSTITUTO

Hacemos nuestra la propuesta del Prof. Dr. Don José Calleja Carrete, asesor de IECA, y abrimos esta nueva sección dedicada a recordar anécdotas de este Instituto.

Asimismo, animamos a todos aquellos compañeros que ya tienen algunos años y muchos recuerdos, a que escriban algunas líneas con anécdotas interesantes.

Aprovechamos también la fantástica memoria gráfica del IETcc para publicar, junto a los artículos, algunas fotos históricas del archivo que guarda Don Juan José López del Amor.

La anécdota nº 1

Ya casi vencido el año 1951, con olor a pintura fresca y la escarcha cubriendo las incipientes plantas del jardín, por los pasillos del Instituto de la Construcción y del Cemento empezó a bullir un nutrido ramillete de mozas y mozos, algunas/os con la tinta todavía tierna en sus títulos universitarios o en sus certificados de eficientes taqui-mecas, de no sé cuántísimas pulsaciones por minuto y un galimatías de signos con que poder tomar cartas e informes al dictado.

Don Eduardo Torroja, alma del proyecto y director del centro, vino con Julia Utrilla, su colaboradora de tantos años, mano derecha e izquierda del eminente profesor. Ya se sabe aquello de que “detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer”... lectura que, hoy en día, también puede hacerse a la inversa.

¡Qué distinto el ambiente de entonces!, todos jóvenes, llenos de vida; una especie de gran familia recién nacida que irá creciendo, al unísono, con el pasar de los años. Se hacían muchas fiestas: jincanas, sacos, concursos de disfraces, de baile; competiciones de natación, de baloncesto, de tenis... Se formaban pandas para disfrutar juntos de sábados y domingos y, ¿por qué no?, de los dulces aromas del amor recién nacido que crece con el trato cotidiano.

Las jóvenes mecanógrafas, acabadas de salir del cascarón y elegidas no sólo por sus conocimientos, sino también por su nivel social, cambiaban la coqueta indumentaria por un casto uniforme de color café con leche, muy apropiado para novicias sometidas a la dictadura de una jefa que controlaba, incluso, los escasos minutos dedicados a las necesidades fisiológicas.

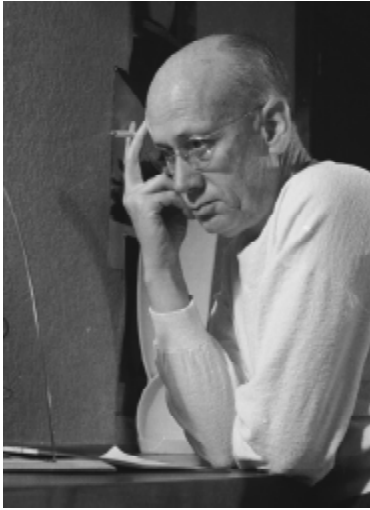


Stella.



La piscina.

Los primeros viernes de mes se oficiaba una misa en la entonces gran capilla, situada en el primer piso del edificio. Acudir a ella tenía como premio un suculento chocolate con churros. Reiteradas faltas podían ponerte directamente de patitas en la calle.



E. Torroja.

Pero, si todo funcionaba como “Dios manda”, a los seis meses ya se accedía a la dignidad de “fijo” y, con suerte, a un trabajo algo más humano.

De cualquier forma pocas cosas podían sorprender en una época tan represiva, ni siquiera la prohibi-

ción de acudir al trabajo con pantalones, faldas más cortas de lo que mandaba la decencia o escotes castamente atrevidos. Tampoco sorprendían los reiterativos pasodobles que anunciaban la comida de medio día, la vuelta al trabajo a las 15 h y la salida del mismo a las 17,30 h, pasodobles travestidos de Villancicos durante la Navidad.

Don Eduardo, en su atalaya, desde la que podía sentir cómo crecía, con el aliento de sus cuidados, cada una de las hojas de su jardín, trabajaba incansablemente, día y noche, la despejada frente apuntalada por el brazo izquierdo, pensando en voladizos, puentes, viaductos, acueductos... hasta aquél día en que Julia Utrilla le creyó, como tantas veces, rendido por el cansancio sobre la mesa de su despachos, sin darse cuenta que el corazón se había negado a seguir latiendo. Tan sólo tenía 61 años. Poco pudo disfrutar de su creación.

Stella Manaut